

RICARDO BARRAL TORRES

• • • •

EL ORINOCO
EN LLAMAS

narrativa



PRÓLOGO

(La forja del hombre)



Año 1926, Mato Grosso. En algún lugar del Alto Xingú, un muchacho inglés, llamado James Elsworth, formaba parte de una dotada expedición que había partido desde Southampton, Inglaterra, con el propósito de encontrar al coronel Percival Harrison Fawcett, un aclamado explorador que había desaparecido junto con otros dos miembros más de la expedición en las profundidades de las selvas del Mato Grosso. Después de haber hablado con varias tribus de la región, la actual partida de búsqueda, al mando del mayor Robert Harrison, estaba navegando por el río Curi-sevo, adentrándose hacia lo desconocido, siguiendo la última pista que les proporcionaron los indios nafuquá.

James no era más que un temerario adolescente, algo desgarrado, de ojos verdosos, con un fuerte cabello caoba ondulado y una piel clara y pecosa; era tan solo un crío en busca de aventuras y que tenía un ardiente deseo de forjarse como hombre, lejos de la mirada de un padre al que no comprendía, aunque quizás la incompreensión fuera mutua. Abstraído de sus raíces y de su pasado, el muchacho se sentía feliz y aterrado a la vez de formar parte de algo grande, algo donde podría ser un hombre como los aguerridos soldados con los que iba, rumbo a la aventura.

—¡Eh, Picaporte! ¡Vigila ese remo, nos estamos desviando! —aleccionó uno de los oficiales al joven Elsworth, viendo que se despistaba con otra de sus ensoñaciones.

—Sí, contramaestre —replicó él.

—¿De dónde habrán sacado a este pardillo? Dudo que tenga la mayoría de edad.

—Eso mismo me pregunto yo —comentó el teniente Spears y, al cabo, prosiguió—: Chico, ¿cuántas veces te tengo que decir que te sincronices con los demás remeros? A este paso, terminaremos por tirar las mulas de carga.

Después sobrevino una delicada y tediosa navegación, donde los meandros y la velocidad que imprimían las corrientes a las embarcaciones obligaban

a los remeros a emplearse a fondo para poder salir airoso; esto se acentuaba aún más en el manejo del callapo, la embarcación de mayores dimensiones, compuesta por troncos de madera sujetos por travesaños, y que por sus características permitía transportar la carga pesada, incluidos los valiosos regalos con los que podían ir comprando el favor y la amistad de las tribus indígenas.

Pasado un momento de tensa navegación, la corriente parecía amansarse hasta el punto en que los remeros podían tomar aliento, luego tuvo lugar una tensa paz en la que apenas se podía oír el ruido acostumbrado de la fauna silvestre. Los soldados miraban a su alrededor sin ver nada que les llamara la atención. Entonces, empezaron a formarse hileras de indígenas armados con sus arcos, a ambos márgenes del río; los miembros de la expedición mantuvieron la calma según se aproximaban a lo que parecía una aldea, probablemente estuvieran llegando hasta los indios kalapalo.

Uno de los intérpretes, el doctor Sheppard, empezó a hablar y a hacer señas a los salvajes para intentar establecer un contacto amistoso. Pero entonces, ante la perplejidad del doctor, los indios cargaron y tensaron sus flechas. Apenas los soldados pudieron echar mano de sus fusiles, cuando se oyó una especie de espeluznante grito de guerra. Los dardos llovían desde ambos márgenes del río, con una velocidad y una precisión que descolocó a los aguerridos expedicionarios. Se desató una lucha a muerte donde flechas y balas mataban sin piedad; en medio del caos reinante, el capitán Benjamin Uhrquart ordenó desplegar la ametralladora pesada de tambor *Vickers* sobre los troncos del callapo.

Después de ridículos intentos por fijar el trípode de sujeción de dicha arma sobre los inestables troncos, una hilera de flechas dejó a la potente *Vickers* sin sirvientes, antes de que ni siquiera pudiera disparar. Entonces, el mismo capitán Uhrquart se dirigió a la ametralladora en un desesperado intento por silenciar a los salvajes. A todo esto, se sucedían voces de nerviosismo y desesperación.

Por si fuera poco, las mulas de carga se habían puesto muy nerviosas y James no daba abasto a poder sujetarlas.

—¡Picaporte! ¡Cuidado, que no se te escapen las mulas! —gritó el contramaestre, al tiempo que una flecha impactó en uno de los animales, desatándose el caos. Primero cayó una de las mulas al río, y luego otra

flecha atravesó, de lado a lado, al mayor Harrison—. ¡Maldito seas, Picaporte, las mulas! —espetó el contramaestre cuando otra flecha le atravesó la cabeza.

Con pavor en el cuerpo y sabiendo que tenía que salir de allí, James se tiró al agua poco antes de que no quedara nadie con vida en el callapo. Buceó lo que pudo hasta que vio, horrorizado, la presencia de pirañas devorando los cuerpos que habían caído al agua. Rezando para que no le incluyeran también a él en el menú, nadó hasta alcanzar una de las canoas, y empezó a subirse con desesperación por salir del agua.

—¡Maldito seas, Picaporte, vas a volcar la canoa! —espetó el sargento Bill Prescott.

—¡Ayuda, por favor, ayudadme a subir! —imploró entre alaridos el joven Elsworth.

—¡Vamos, toma mi brazo y sube!

Gracias a la intervención providencial del otro sargento, Steven Morris, James pudo escapar de las fauces de las pirañas, pero todavía no estaba a salvo.

—¡Eh, chico, toma el remo y sácanos de aquí, por lo que más quieras! ¡Rápido! —ordenó aquel, mientras disparaban el otro sargento y un soldado más que aún seguía en pie, a pesar de tener clavada una flecha en un pulmón.

El joven Elsworth tomó el remo y empezó a bogar con todas sus fuerzas y lo más rápido que pudo; en un esfuerzo titánico de puro nervio, el muchacho estaba consiguiendo que la canoa atravesara la última línea de tiro de los arqueros indígenas. A todo esto, disparos de fuego y tiros con arco se intercambiaron de un modo feroz, cobrándose más víctimas: además de algún kalapalo, otra flecha se cobró la vida del soldado herido, y el sargento Morris fue alcanzado en una pierna. En un acto heroico, movido por el miedo y la adrenalina, James sorteó las corrientes y el próximo meandro, dejando atrás a los últimos kalapalo.

—¡Bien hecho, chico! —felicitó Bill Prescott—. Parece que los hemos dejado atrás.

—¿Vienen más canoas con nosotros? —preguntó James.

—No, creo que somos los únicos supervivientes —comentó Steven Morris después de mirar atrás un rato.

—¡Putos salvajes! Han acabado con nosotros —lamentó el sargento Prescott.

—Habla por ti, Prescott, yo aún sigo vivo y coleando —replicó Morris—. Mierda de flecha, me ha destrozado la pierna. Eh, chico, ¿estás bien?

—Bien, Sargento; estoy muerto del susto, pero bien.

Prescott rio.

—Bueno, lo mejor será que sigamos río arriba todo lo que podamos, luego acamparemos al anochecer, ¿conforme, Bill? —aquel asintió con un gesto lacónico—. Entonces, intentaré curarme esta pierna.

Prescott tomó entonces otro remo, y ayudó al joven Elsworth a remontar el río. Durante largas horas lucharon contra la naturaleza, encarnada en rápidos, corrientes y diversos meandros, todo bajo la monotonía del trabajo agotador y de una parca, sino nula, conversación. Cuando comenzaba la puesta de sol, Morris ordenó arribar a la orilla para acampar. Aunque James había perdido su equipo en el callapo, a excepción de la cantimplora y del látigo, tuvo la gran suerte de quedarse con la mochila y el fusil del soldado caído.

Antes de instalarse, entre James y Prescott sacaron de la canoa el cadáver de aquel soldado, y tomando cada uno una pala, cavaron un hueco donde enterrarlo. Hecho esto, Prescott hizo la señal de la cruz y rumió algo en voz baja; James imitó aquel gesto en señal de respeto. Luego se sentó cerca de Morris, quien acababa de hacer fuego. Miró dentro de la mochila y encontró varias cosas: un diario y varias pertenencias privadas de aquel soldado.

—Se llamaba Mike Templeton. Cuida sus cosas con respeto, muchacho —interrumpió Morris.

Después de asentir, James miró un poco más y descubrió una pala reglamentaria, tabaco, un mechero, una pequeña lata de comida en conserva, y quizá lo más preciado: una hamaca. Sin mostrar el menor interés en el tabaco, el muchacho sacó la hamaca y la lata de conserva. Estaba ya dispuesto para descansar y comer algo, cuando un alarido de dolor le llamó la atención: el sargento Morris estaba extrayéndose la flecha.

Luego, el muchacho contempló algo que le marcó, un aprendizaje a base de fuego y dolor que jamás olvidaría. Cuando Morris logró sacarse la flecha de la carne, este se apretó con fuerza la herida, evitando en lo posible el aparatoso sangrado, al punto, miró aquella flecha, especialmente la punta y al ver que no era de metal, la arrojó. Morris tomó entonces su cuchillo de campaña y puso el filo al fuego, mientras hacía presión sobre la vía de sangre. Cuando la punta de la hoja estuvo al rojo, Morris se la colocó sobre la herida y la cauterizó con terrible dolor.

—¿Qué, es tu primera vez, chico? —preguntó Prescott al joven Elsworth en cuanto vio su cara.

—¿Cómo? —apenas lo balbuceó.

—Sí, esto es más habitual de lo que crees, chico. Cuando se entra en combate, pasan estas cosas. Yo también me he cauterizado varias heridas, el hierro ardiendo corta la hemorragia. Ahora Morris dormirá y mañana será otro día —comentó Prescott.

—¿Habéis combatido mucho Morris y tú?

—Fuimos compañeros de batallón en la Gran Guerra. ¡Manda huevos que después de aquello nos tengan que dar para el pelo unos malditos indios, en el culo del mundo!

—Por cierto, ¿qué instrucción tienes, chaval? ¿Sabes disparar? —preguntó este.

—Bueno, digamos que tendría que recibir instrucción, como tal —soltó una risa nerviosa, al rato, se dio cuenta de la mirada fija y molesta de Prescott y se contuvo.

—La verdad, no sé disparar.

—Lo suponía —suspiró profundamente y prosiguió—. Bueno, ¡pues estamos bien jodidos, ahora tenemos un hombre y medio y un niño para salir de este infierno!

La conversación acababa de dar sus últimos coletazos, cuando montaron las hamacas, colgándolas entre los troncos de los árboles. Luego trataron dormir para recuperar fuerzas, en la medida de lo posible, para afrontar el comienzo de la verdadera pesadilla que tenían por delante. Al día siguiente, recogieron el equipo y botaron la canoa para comenzar el largo viaje de regreso.

James y Bill remaban con fuerza para remontar río arriba, mientras Steven se aferraba a su fusil, bogaron contra las corrientes durante una

jornada agotadora, donde apenas cabía malgastar fuerzas conversando de cualquier tema. Tras otra noche bajo la oscuridad y los ruidos inquietantes de la selva, los tres continuaron su navegación por el tortuoso Curisevo durante otra jornada terrible, donde se sumaban al cansancio, el hambre por la falta de víveres y el malestar general que provocaban las picaduras de los mariguíes, un tipo de mosquito autóctono de las selvas de Sudamérica.

Una vez en tierra, mientras James ayudaba a Morris con el fuego y las hamacas, Bill Prescott fue a buscar algo de comida. Después de dos horas desesperantes, solamente consiguió un poco de fruta que trocearon y repartieron para aplacar el hambre de mala manera. A la mañana siguiente, optaron por intentar cazar algo, ya que probablemente los animales saldrían para buscar alimento durante el día. Como Morris todavía no estaba en condiciones de moverse demasiado, fue Prescott quien hizo varias salidas.

Por otra parte, James intentó rellenar las cantimploras en el río, pero tenía tanto miedo de las pirañas que apenas logró introducir agua para un trago en una de ellas. Con todo, los logros por la supervivencia eran tan débiles, que optaron por aprovechar las pocas fuerzas que les quedaban para llegar hasta la misión Paranatinga, donde seguramente los indios bakairí les ayudarían a curarse y reponerse de tan maltrecha expedición.

Un nuevo amanecer en medio del infierno verde, y los tres se pusieron en marcha para remontar el Curisevo, sorteando sus corrientes y sus sinuosos meandros. En pocas horas, alcanzaron el poblado indígena de los nafuquá, como no tenían regalos para pasar el peaje de vuelta, Morris y Prescott confiaron en que podrían pasar de largo sin que aquellos se tomaran las molestias de intentar detenerlos. Con el fusil Lee-Enfield cargado y listo para disparar, Morris apuntaba hacia los indígenas confiando en la disuasión de su arma de fuego. Entretanto, el joven James y Bill Prescott remaban como si no hubiera un mañana, esperando pasar de largo como si nada...

No tardaron en oírse voces agitadas entre los salvajes y, entonces, salieron como de la nada una hilera de guerreros armados con sus arcos. En cuestión de segundos, volaron flechas hacia estos, momento en que Morris abrió fuego con su Lee-Enfield.

—¡Vamos, vamos! ¡Remad, remad!

Apenas el sargento Steven abatió a dos indígenas, una potente flecha impactó contra su pecho de tal forma que salió despedido por la borda. Entonces, Prescott tomó su fusil y empezó a disparar, mientras James se quedaba solo con el remo. Después de tensos minutos en los que habían salido airosos del área del poblado, Bill ayudó al muchacho con los remos y sortearon un segundo meandro que discurría de izquierda a derecha para luego dar a otra horquilla serpenteante, entonces, salieron de la maleza más salvajes que dispararon sus flechas.

Apenas pudieron reaccionar, cuando Morris y James fueron alcanzados cada uno en un brazo; el sargento tomó de nuevo su arma y disparó como pudo, mientras James hacía lo imposible por sacar la canoa del alcance de los nafuquá. Después de una lucha a vida o muerte, otra flecha fatal ensartó a Bill Morris contra el lado de babor de la canoa, matándolo en el acto. Luego, más flechas volaron hacia James, pero ninguna de aquellas lo hirió de nuevo.

La fortuna había sonreído al intrépido muchacho, aunque no fuera capaz de apreciarlo en aquel momento, dominado por el miedo y la adrenalina. Así, con las insospechadas fuerzas de la lucha desesperada por la supervivencia, James perdió la noción del tiempo que estuvo remando. En un momento determinado, solo ante el peligro, se encontró en la disyuntiva de tener que escoger entre dos rutas, una a estribor y otra, aparentemente más natural, a babor.

No recordando ya el camino de vuelta, James remó tomando la ruta a babor. Después de un buen rato bogando, cuando aplacó los nervios que nublaban su juicio, el muchacho percibió algo extraño en la ruta de vuelta, la selva parecía más cerrada y amenazadora de lo que recordaba a la ida. Pero, no tenía ganas de regresar para probar por la otra ruta, así que simplemente, continuó río arriba.

El joven Elsworth remaba y remaba, tratando de abstraerse de la experiencia tan terrible que acababa de vivir, por lo que evitaba mirar en lo posible el cadáver de Prescott, clavado violentamente a la canoa. Entre meandros prolongados, una corriente más apaciguada y un cauce que se estrechaba, sospechosamente en ciertos puntos, este era consciente de que algo no estaba yendo bien. Entonces, sintió la imperiosa necesidad de dar media vuelta y escoger la otra ruta... A todo esto, James oyó saltar un pez del agua y luego otro más, miró y descubrió que eran pirañas.

—Mierda, mierda... ¡No, no! ¡Algo va mal! —se azoraba el muchacho, mientras pensaba en cómo salir de allí.

No pasó ni un minuto, cuando las fierecillas obligaron a este a llevar la canoa a la orilla, temiendo que, entre salto y salto, pudieran morderle. Entonces, James encalló la proa de la embarcación contra el barro de la orilla y, en un golpe de adrenalina, este se incorporó y salió de un salto de allí.

Luego notó algo mordiendo sus botas de caña alta, se miró y descubrió que varias pirañas se le habían adherido con sus afilados dientes, se las quitó de encima con la ayuda del látigo y se adentró en tierra firme para alejarse de allí. Entre el temor, la falta de experiencia y de conocimientos, añadido a la carencia de recursos, James tenía todos los ingredientes para sucumbir ante una muerte anunciada. Transcurrió no menos de una hora en lo que el pobre muchacho, empezó a pensar y decidió que debía regresar hasta la canoa para tratar, al menos, de recuperar el fusil y las municiones del cadáver, aquello podría ayudarle para cazar o defenderse de algún animal, aunque tuviera que aprender a disparar por sí solo.

Cuando logró regresar a la canoa, sacó su látigo de una manera compulsiva, pues era lo único que le daba seguridad frente a las pirañas y se acercó con la intención de recuperar todo lo que le fuera de utilidad. Apenas consiguió arrimarse lo suficiente al cadáver cuando apreció, horrorizado, el irreconocible y espeluznante rostro de Prescott devorado por las pirañas. En contraposición con el resto del cuerpo, la cabeza se había llevado la peor parte al sobresalir, notablemente por la borda. De la fuerte impresión que aquello causó en el muchacho, este dio un alarido de terror y salió corriendo, selva adentro.

Recorriendo metros y metros a la carrera, perdido y sin un rumbo reconocible, James Elsworth se hallaba luchando por su vida, después de una trepidante huida de las tribus que habían atacado a la expedición de la que formaba parte. Solo, herido, hambriento y exhausto, proseguía su carrera desesperada a través de la selva, con la esperanza de encontrarse en algún momento con la única tribu que realmente los acogieron de buen grado, los indios bakairí.

Ya iba cayendo la luz del sol, cuando algo pasó por la mente del muchacho, recordándole que debía buscar un lugar donde pasar la noche, a salvo de las fieras y las alimañas. Lo primero que pasó por la cabeza de James era tirar de hamaca y colocarla en algún enclave, más o menos, recogi-

do, pero, entonces, recordó que había dejado todo su equipo en la maldita canoa. Incapaz de plantearse volver allí, pensó en hacer fuego para ahuyentar a las fieras. A falta de un mechero, sabía provocar la llama chascando piedras sobre un mortero de paja y frotando después con un palo. Pero, por otra parte, nunca había dormido al raso y sin ningún tipo de cobertura, lo que sembraba de dudas y tribulaciones toda decisión que tomara.

En medio de sus diatribas en la lucha por la supervivencia, un sobrecogedor rugido devolvió al joven Elsworth a la inmediatez de la cruda realidad. Agarrando con fuerza su única «arma», el látigo que usaba para fustigar a las mulas de carga durante la travesía por la selva, empezó a mirar con pavor a su alrededor, se giraba y tornaba en sí varias veces en segundos, hasta que consiguió fijar la mirada sobre su amenaza más inmediata, un jaguar negro¹ que estaba a punto de abalanzarse sobre él con toda su fiereza...

En un acto reflejo, casi imposible, Elsworth azotó con todas sus fuerzas a la fiera que se disponía a devorarlo, con tal suerte que el bravo animal se impresionó en un primer momento y no se arrojó del todo sobre el joven. Entonces, se sucedieron los segundos más largos de la vida de cualquier ser humano, cuando joven y bestia con sus armas dispuestas se miraban fijamente, realmente James estaba aterrado, pero no tenía otra opción que luchar frente a frente con la bestia si quería sobrevivir. Segundos más tarde el jaguar se disponía a lanzarse nuevamente sobre el joven, cuando este consiguió herirlo de nuevo con otro fuerte latigazo.

El animal rugió con fuerza en un intento por amilanar a su presa, siguiendo su instinto cazador y motivado por el hambre. Pero James mantuvo firme su mirada frente a la bestia y entonces gritó al jaguar con todas sus fuerzas:

—¡Maldita bestia inmunda, apártate de mí! ¡No pudieron conmigo los indios, ni los asquerosos mosquitos, ni las malditas pirañas! ¡Y tú, no vas a acabar ahora conmigo, me oyes, bestia inmunda! —el jaguar intentó abalanzarse de nuevo, cuando James lo golpeó con tal fuerza con el látigo que la fiera reculó.

¹ Esa descripción corresponde con una pantera, ya que generalmente no existen jaguares negros. No obstante, existe una leyenda en el Mato Grosso que menciona la existencia de una tipología de jaguares negros, cuya presencia inusual causa pavor a los indígenas de la región.

Después de tensos minutos, mirándose fijamente los dos, el jaguar fue retrocediendo, sin perder en ningún momento de vista al joven, finalmente el felino desistió y optó por buscarse otra presa. Mientras tanto, el joven Elsworth trataba de encontrar un lugar donde pasar la noche.

Ya casi no quedaba tiempo y procedió a buscar elementos con los que hacer una hoguera, pues con semejantes fieras cerca, el fuego era lo único que podía salvarle la vida y después de todo, también revelaría su posición a los indios bakairí, en el supuesto de que quisieran ayudarle. Había conseguido recoger unas cuantas ramas de los árboles, cuando empezó a sentir un agotamiento terrible. Dio un último trago de agua de su cantimplora, ya no le quedaban víveres de ningún tipo, por lo que solo podía descansar en cuanto hubiera logrado hacer fuego.

Reunida la madera y unas piedras, preparó una superficie en el suelo a modo de cortafuegos y empezó a frotar un palo contra unos cantos. Casi de forma providencial, consiguió prender una débil llama y al rato echó hojas y más ramas para avivar el fuego, según soplabla con las pocas fuerzas que le quedaban. Conseguido esto, James cayó rendido junto a la lumbre y empezó a temblar; tan pronto como se cerraron sus ojos, perdió la noción del tiempo y vio su vida pasar...

Después de rememorar vívidos recuerdos, a caballo entre la pérdida, el amor de madre añorado y el deseo de aventura, con la que pretendía convertirse en todo un hombre, James empezó a enfrentarse, con viveza, a la fatídica mañana en la que todo cambió. Primero, la imagen de los salvajes que se asomaron a ambas orillas del Curisevo sacando sus arcos y disparando sus flechas. Recordó la matanza y la estrepitosa huida de la expedición. James quería salir de aquella pesadilla para no volver a vivirlo otra vez, quería evitar el trágico final a toda costa, pero no podía, más un nombre, quizás de una tribu, volvía recurrentemente a su cabeza: Kalapalo, kalapalo.

Luego las imágenes de terror se agolparon en su mente, casi en serie y sin tiempo para pensar o reflexionar. Todo sucedía demasiado rápido como para ser verdad, lo que le hacía repetirse una y otra vez: «No puede ser, sal de aquí, James, tienes que salir de aquí. ¡Esto no es real!». Entonces, se encontró de nuevo en aquel afluente del Curisevo, el río Pirahna, salió como pudo de allí y comprobó, horrorizado, que las pirañas se adherían con sus dientes a sus botas. Después de quitárselas de encima con lo único que le daba seguridad, su látigo, James miró aterrorizado alrededor,